

XXXIX. Aspectos de la dominación y de la población españolas en Italia.

Benedetto Croce, 1922.

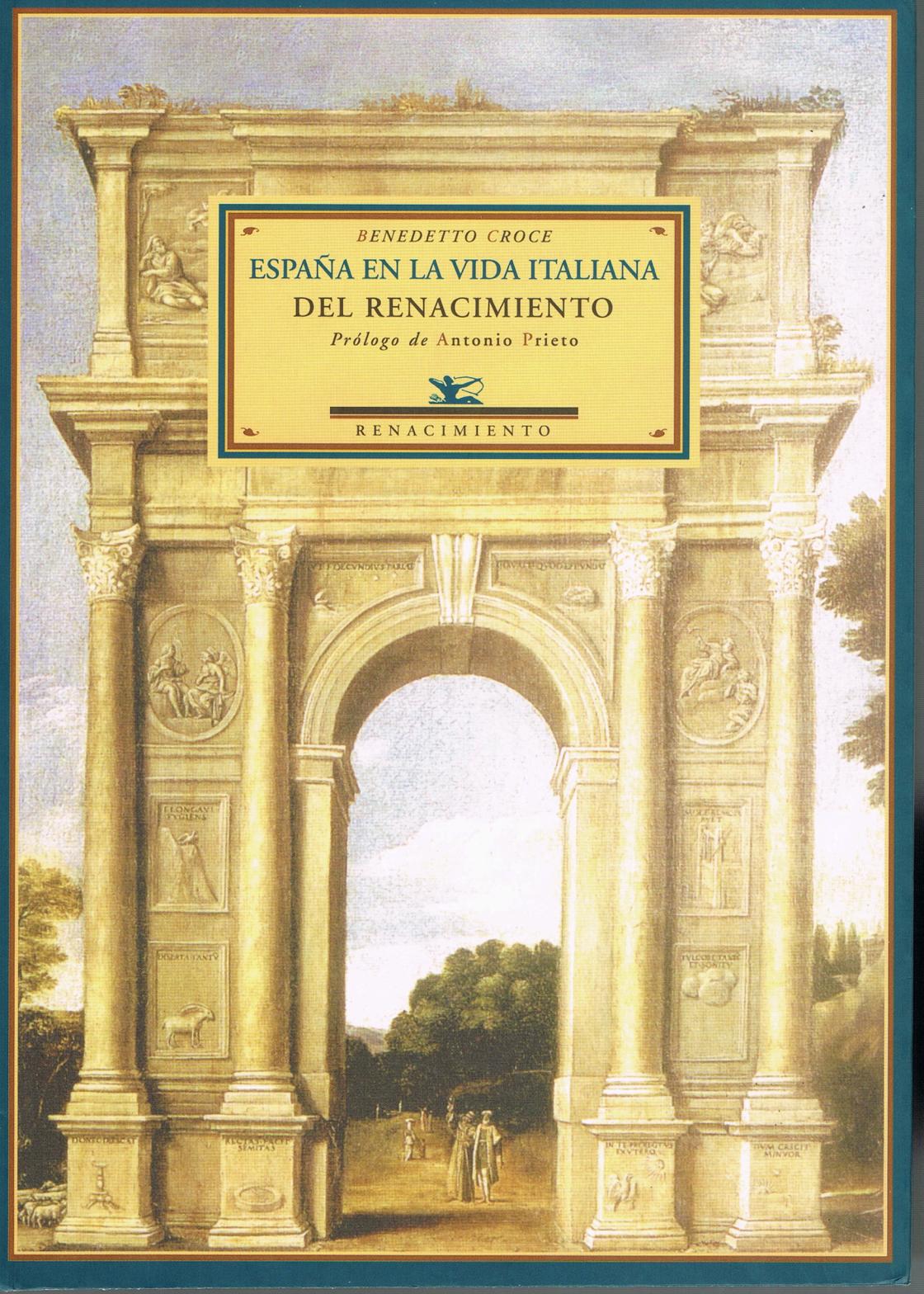
España en la vida italiana del Renacimiento.

Prólogo de Antonio Prieto.

Traducción de Francisco González Ríos.

Editorial Renacimiento.

Sevilla, 2007.



BENEDETTO CROCE
ESPAÑA EN LA VIDA ITALIANA
DEL RENACIMIENTO

Prólogo de Antonio Prieto



RENACIMIENTO

Es siempre enriquecedor para cualquier país atender lo que otros países dicen de uno, es un modo de completar la visión de la historia y la cultura y es casi un paso imprescindible para conocerse, pues como reza el dicho popular, «desde dentro del bosque no se ve el bosque». Por eso es interesante acercarse a los intelectuales que nos miran desde fuera, y en este caso, contar con la mirada de un gran intelectual como Croce es todo un privilegio. Él nos ofrece en este libro un completo estudio de las influencias entre España e Italia en los días del Renacimiento. El manejo de una inmensa documentación, a la que hoy no es fácil acceder, la agudeza y el ingenio del autor, su oportuna ironía y su estilo sutil y ameno hacen que este nuevo volumen de la Biblioteca Histórica adquiera un valor incalculable.



BENEDETTO CROCE (1866-1952) es una de las personalidades más grandes e influyentes de la cultura europea de su tiempo. Admirado y respetado por todos. Su intensa labor como estudioso estuvo dirigida a todos los campos del saber cultural, dejando un legado interesantísimo de obras filosóficas, políticas, literarias, o históricas. Esta vasta obra intelectual le ha llevado a ser considerado uno de los escritores europeos más prestigiosos de toda la cultura del siglo XX.



ESPAÑA EN LA VIDA ITALIANA DEL RENACIMIENTO

BENEDETTO CROCE

LA SPAGNA
NELLA VITA ITALIANA
DURANTE LA RINASCENZA

SECONDA EDIZIONE RIVEDUTA



BARI
GIUS. LATERZA & FIGLI
TIPOGRAFI-EDITORI-LIBRAI
1922

Portada de la edición italiana de 1922

BENEDETTO CROCE

ESPAÑA EN LA VIDA ITALIANA
DEL RENACIMIENTO

Traducción de Francisco González Ríos

Prólogo de *Antonio Prieto*



SEVILLA

AÑO 2007

RENACIMIENTO

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento sobre el lienzo
«Arco de Triunfo» de Doménico Zampieri (*Domenichino*)

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de
la Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas del Ministerio de Cultura

© 2007. Editorial Renacimiento

© Herederos de Benedetto Croce

© Traducción: Herederos de Francisco González Ríos © Prólogo: Antonio Prieto

Depósito Legal: S. 273-2007

ISBN: 978-84-8472-268-7

Impreso en España

Printed in Spain

XII

CONCLUSIÓN

LA DECADENCIA HISPANO-ITALIANA



LA época, cuyo estudio iniciamos ahora y cuyos albores hemos descrito, es considerada como una de las más infelices de la historia de Italia, sólo comparable, en cierta medida, al final de Roma, con las consecuencias que para ella tuvieron las invasiones bárbaras. Nos referimos concretamente a la época que va desde la mitad del siglo XVI hasta los comienzos del siglo XVIII, o sea, desde la paz de Château-Cambrésis hasta la guerra de sucesión de España: época en que Italia se vió privada de toda vida política y de todo sentimiento nacional, en que la libertad de pensamiento fue totalmente amordazada; tiempos de evidente pobreza en materia de cultura, donde señoreaba una literatura tan amanerada como vacua mientras las artes plásticas y arquitectónicas se sumían en el barroquismo. España fue considerada no sólo como compañera, sino también como autora de esta decadencia, como el poder, ya abierto, ya arcano, que llevó a cabo la gran ruina y formó a su alrededor, así en Italia como en otras partes, un verdadero desierto. Su pésima influencia se acusó en todas las manifestaciones de la vida de aquellos pueblos, tanto en

la vida económica y moral, cuanto en la religiosa, intelectual y artística. «El despotismo español en Italia –cito según un libro reciente– no sólo destruyó el antiguo florecimiento económico, sino que, penetrando como veneno en todo el organismo nacional, corrompió la vida de la nación en sus raíces mismas, adulteró el espíritu de Italia en todas sus manifestaciones, borró el antiguo y definido perfil del carácter italiano. De ahí que, milicias, oficios, instituciones, costumbres, opiniones y vestidos se forjaran a la española; el amor a la patria fue reemplazado por el puntillo del honor; las elevadas ambiciones fueron reemplazadas por las mezquinas vanidades; los combates, por los duelos; las industriosas fatigas, por el *dolce far niente*; a las grandes virtudes y ocios, productos de una vida en plenitud, sucedieron los vicios como consecuencia de la inacción y de la debilidad; a las grandes y nobilísimas desventuras nacionales, sucedieron las turbias y vergonzosas desventuras puramente domésticas; a la nobleza ilustre en razón de sus hazañas, sucedió una nobleza fastuosa de títulos vanos; a las compañías de aventura, primeras y aún desorganizadas milicias nacionales, siguieron las compañías de verdaderos bandidos; al Ser, sucedió el parecer; al Estado, la corte. La familia se vió corrompida por los galanteos y los patrimonios familiares perdieron su sentido jurídico más puro por el abandono de los mismos al recurso legal de los fideicomises; la religión se redujo a las prácticas externas; al sentimiento y la educación siguió la hipocresía; las relaciones se hacían por los títulos y por el aparente boato; fastuosidad y brillo por fuera, mezquindad y sordidez por dentro; de la falsedad, del engolamiento, de la degradación moral y social fueron espejo las letras, el lenguaje y las artes.»¹

1. F. P. CESTARO, *Studi storici e letterari* (Torino, Roux, 1894), pp. 65-6

Ahora bien, cuadros como éste, cargados de negras tintas, trazos históricos tejidos con características negativas, como estas, son en verdad poco históricos, como hemos dicho en otra oportunidad, porque se apela de criterios extrínsecos a los hechos, en lugar a los intrínsecos (lo comprueba el hecho de comparar siempre con el ideal de una Italia distinta, antigua o nueva, del pasado o del porvenir). Además, entre el criterio adoptado y aquellos hechos hay discrepancia, los hechos en lugar de ser entendidos son condenados y las características en vez de ser positivas son siempre negativas. La misión del historiador debe ser muy otra, del historiador que deseamos para la vida italiana de los siglos XVI y XVII, en los cuales cabe investigar la crisis de la vieja sociedad italiana y la germinación, lenta o escondida, de la nueva. Cosa ésta recomendable para interpretar todos los momentos de aquella historia, tanto para las despreciadas costumbres de entonces como para la menospreciada literatura del siglo XVII.²

Pero quien desee realmente comprender las cualidades y las razones de lo que ha convenido en llamarse decadencia italiana —que sólo fue tal en ciertos aspectos y desde cierto punto de vista—, tiene la solemne obligación de liberarse del fantasma de una España fuente de maldades y corruptora de una Italia incorrupta, porque esta concepción es lógicamente absurda, ya que no hay influencia operante alguna donde exista un ánimo dispuesto a no aceptarla, asimilarla y aún fortalecerla modificándola más o menos intensamente. Que España no era una potencia enemiga y maléfica queda demostrado por el testimonio consciente de los italianos contemporáneos, quienes, por lo general, estaban satisfechos y

2. Véase, como contribución a un estudio positivo de la literatura italiana de aquellos tiempos, lo que afirmo en *Saggi sulla letteratura italiana del Seicento*, pref., pp. VII-XXIII.

hasta orgullosos de que Italia uniese su destino al de España. El emperador Carlos V, que pareció revivir el antiguo sueño haciendo —como decía Tansillo, que gustaba repetir la frase— «un solo pastor y un solo rebaño»³ de todo el mundo, fue admirado en toda Italia como señor de ella, de lo cual ofrecen ingenuo testimonio las palabras que, con lágrimas en los ojos, escribía en su crónica un burgués napolitano: «¡Sabio y benigno emperador!, que nuestro Señor le dé tanta felicidad en el cielo como poderío le concedió en la tierra. ¡Con cuánta circunspección trató siempre todas las cosas! Me considero sumamente feliz de haber nacido en su época y mucho más aún me hace feliz el haberlo visto tantas veces en Nápoles...»⁴

El mismo sentimiento se tuvo para sus herederos, admirándose en Felipe II «la grave y venerable majestad con la que, moviendo los ánimos a reverencia, es casi un ídolo adorado por príncipes y señores, y es con razón que se muestra como un Rey y conserva con dignidad su real grandeza».⁵

En los tiempos de Felipe III las gentes se complacían que «Nápoles obedezca hoy al mayor Rey y Monarca del mundo, el rey de Nápoles y de España, de la augusta casa de Austria, descendiente de la familia Julia, del gran Julio César, primer emperador romano».⁶ En el pueblo circulaba la canción aquella de:

*Casa d'Austria cognome valoroso,
Che mai dallo Gran Turco non fu offiso,*

3. Canción a Carlos V, en *Poesie liriche*, ed. cit., p. 90.

4. CASTALDO, *Istoria*, op. cit., p. 106.

5. S. GUAZZO, *Civil conversatione*, ff. 131-2.

6. F. DE' PIETRI, *Dell'istoria napolitana* (Napoli, 1634), p. 50.

atribuyéndole de paso la posesión de un crucifijo prodigioso, así como otros talismanes y recónditas virtudes.⁷ Las ventajas que pudieran derivar de la unión entre italianos y españoles fue defendida, con preferencia a la de otros pueblos, por muchos políticos de aquel entonces, entre los cuales figuraba Tommaso Campanella, quien había conspirado oportunamente en contra de España, no por la causa de la independencia italiana, sino por su utopía de una república comunista, de una *Ciudad del Sol*, utopía que trató de conciliar con el dominio español, al que esperaba ver extendido por todo el mundo.⁸

Motivo de vanagloria fue el vestirse a la española; Franciosini dice: «españolizado es aquel que está avezado en el estilo y costumbres de España, el que no podrá ser otra cosa que un gentilhombr». ⁹ Se llevaban a cabo viajes a España con el propósito exclusivo de conocer la corte de Madrid,¹⁰ para adquirir las maneras y los hábitos del comportamiento en sociedad a la moda española y para ingresar en el mecanismo de los empleos y sinecuras.¹¹ Los gentilhombres italianos ingresaban en los ejércitos del rey y allí se ilus-

7. CROCE, *Canti politici del popolo napoletano* (Napoli, 1892), p. XXV. Cfr. además sobre el sentimiento de reverencia y la fe con que se consideraba al rey de España, en el mismo CETARO, op. cit., pp. 58-9.

8. En la *Monarchia di Spagna* y en los *Discorsi ai principi italiani*,

9. En su *Vocabulario español e italiano* (1ª ed., Roma, 1620), bajo el término *españolado*.

10. *Sólo Madrid es Cortes y el cortesano en Madrid*, por ALONSO NÚÑEZ DE CASTRO, cronista de Su Majestad. Tengo a la vista la 3ª ed., Madrid, 1675. Sobre la corte de Madrid, véase una carta de Eugenio de Salazar, escrita en torno a 1560, en *Epistolaria español* (Bibl. Rivadeneyra), I, 283-6.

11. Al respecto merecen ser vistos los *Ricordi* mss. (que se encuentran en varias bibliotecas, públicas y privadas, de Nápoles) del jurisconsulto FRANCESCO D'ANDREA. Cfr. también, F. DE FORTIS, *Governo político* (Napoli, 1755).

traban;¹² los soldados napolitanos y más tarde todos los italianos en general, tenían por privilegio de Carlos V el puesto fijo de retaguardia y el ala izquierda de la vanguardia, correspondiendo el ala derecha a España por su carácter de nación primogénita.¹³ La noción del honor a la española y los duelos llegaron a ser estimados como pruebas de vigor y dignidad. A la española se vestían las mujeres y los hombres, y sus costumbres no eran otras que las que provenían de imitar a las de los hombres y mujeres de España; las mujeres, en razón de que así se mantenían la austeridad en la familia, eran tenidas —como en España— en la ignorancia y alejadas de las esferas de la vida social.¹⁴ Una curiosísima jerga ítalo-española se trocó en la lengua de las conversaciones entre señores y aún entre cortesanos.¹⁵ Por otra parte, no hay que hacerse eco ni dar mayor importancia a las imprecaciones que se oyen de vez en cuando relativas a los extranjeros, y a los españoles en particular, las cuales, más que genéricas son, en la mayoría de los casos, simplemente retóricas; tampoco hay que sacar de su terreno histórico y llevarla más allá de sus fronteras a la literatura antiespañola que, en los albores del siglo XVII, acompañó a la política y a las guerras

12. En lo que se refiere a Nápoles, el libro de oro de sus gestas es el de FILAMONDO, *Il genio bellicoso di Napoli, memorie istoriche d'alcuni Capitani celebri Napolitani, c'han militato per la Fede, per lo Re, per la Patria* (Napoli, Parino y Muzi, 1694). Cfr. también, G. CARIGNANI, *Le truppe napoletane durante la guerra dei Trent'anni* (Firenze, 1888, extraído de *Rassegna nazionale*).

13. FILAMONDO, op., discurso preliminar; cfr. I, 470, 222. Un *Breve discurso sobre las diferencias que hay entre las naciones españolas y napolitanas por las pretensiones de la vanguardia, etc.*, escrito, por orden de Felipe IV, por FABRICIO DE ROSSI en 1663.

14. De singular importancia es la *Descrizione* de las costumbres napolitanas, escrita, en 1713, por PAOLO MATTIA DORIA (ed. de Schipa, en *Arch. stor. nap.*, XXIV, 25-84, 329-50).

15. Véanse ejemplos recogidos en *La lingua spagnuola in Italia*, pp. 55-58.

del duque de Saboya; de la misma manera, no hay que exagerar tampoco la importancia de algún antiespañol de profesión, como Boccalini, quien suscitaba en el ánimo de los españoles no sólo el desdén, sino hasta una suerte de estupor, por cuanto su hostilidad les parecía tan insólita como irracional, según puede verse en el soneto que le endilgó Lope de Vega:

*Señores Españoles, ¿qué le hicistes
Al Boccalino o boca del infierno?...¹⁶*

Las mismas revueltas que estallaron aquí y allá, como la tan famosa de Nápoles, fueron más bien promovidas contra los abusos fiscales que en contra de los españoles, por el hecho de ser tales; revueltas donde no fueron ajenas las protestas contra la nobleza indigna, del mal gobierno del virrey y de los malos gobernantes. En realidad, sin que queramos motejar de adulona a toda la legión de escritos en prosa y en verso con que los italianos celebraban, por aquel entonces, la gloria del poderío español, es necesario reconocer que durante aquel siglo y medio no hubo en Italia un verdadero odio nacional contra España, ni contra los españoles, como lo prueba el hecho de que su predominio sobre Italia desapareció sólo con su decaimiento, no por motivos nacionales sino internacionales. Salvo las acostumbradas intentonas de carácter tan retórico como esporádico, nadie acusó verdaderamente a España de insidiosa, corruptora de las costumbres o del pensamiento italianos; si alguien lanzó semejantes acusaciones tuvo buen cuidado de advertir que aquella obra deletérea se había realizado con un cálculo sutilísimo, sin intenciones de dividir, con arte infernal, tan infernal

16. *Obras no dramáticas en prosa y verso*. (Bibl. Rivadeneyra, XXXVIII), p. 391.

que casi podía reputarse inverosímil. Las célebres «máximas de España», sus «secretos de Estado», en las que más de una vez los mismos soberanos de España y sus ministros creían e inculcaban como reglas para ser observadas con todo rigor y plena seguridad de éxito, eran el simple reflejo de hechos y contingencias históricas, convertidos en sagaces normas preestablecidas.

La verdad en torno a la vida de aquellos tiempos debemos buscarla en otra parte y sin olvidar nunca que tanto España como Italia eran, en aquel entonces, pueblos que estaban en decadencia. Cosa perfectamente clara en lo que respecta a Italia, porque es bien sabido que, en parte por retraso, en parte por precocidad y excesiva rapidez en el desarrollo, no había logrado formarse políticamente como para poder resistir a las sólidas monarquías de los pueblos vecinos, y porque simultáneamente el cambio de las rutas comerciales del mundo había traído como consecuencia el agotamiento de las fuentes de su prosperidad, a la vez que el desnivel cultural a que había llegado la privaba del espíritu ético necesario para enfrentar los nuevos tiempos, que se inauguraban con la reforma religiosa y que habrían de trocar más tarde en la religión del libre pensamiento. Y España, que la conquistaba y hacía sentir su fuerza política y militar en toda Europa, si tenía del Estado moderno la unidad monárquica y la organización de sus milicias, era, por otra parte, demasiado medieval aún porque el feudalismo sustentaba toda su vida social; además, carecía de la suficiente preparación y de las virtudes necesarias para sustentar una organización social industrial y comercial, absolutamente indispensable para conservar el poderío de Estado hegemónico en los tiempos modernos, cosa ésta que advertían muy bien los observadores del Renacimiento cuando señalaban que, junto a la obstinada ignorancia de los españoles, conspiraba su estancamiento en las artes y

en la agricultura,¹⁷ así como notaron también la amenazante despoblación que sufriría el país, como lógica consecuencia de la miseria, de la emigración y de las guerras.¹⁸ Medievales eran también sus ideas, aquellas ideas que son el alimento espiritual de los pueblos, su religiosidad era superstición, su sentimiento monárquico era devoción al señor, así como era medieval su no saber qué hacer con la ciencia y con la filosofía. De suerte que, cuando España se extendió victoriosa sobre Italia, cuando unió las fuerzas italianas a las fuerza imperiales, cuando a sus dominios del viejo mundo añadió los del nuevo mundo, no entraba en un período de creciente poder, sino que recogía las flores y los frutos de su civilización guerrera y caballeresca; no iniciaba un período de desarrollo más amplio y más vasto, sino que lo concluía. Como España se había nutrido de la lucha en contra de los infieles y como Italia llevaba en su corazón la Iglesia Católica, esta potencia internacional al verse amenazada por la Reforma encontró en una Hesperia sus armas y en la otra los medios de cultura para constituir la alianza reaccionaria de la Europa meridional, en contra de la septentrional, a la cual fue pasando lenta e interrumpidamente la dirección del mundo moderno y que representó el progreso, en todas las esferas de la actividad, contra la regresión y la decadencia hispano-italianas.

De aquí la impropiedad de considerar como influencia maléfica, de España sobre Italia, a lo que en realidad fue analogía o comunidad en el proceso histórico, a través del cual España supo dar, por cierto, mucho, pero también recibió, e Italia, a su vez, no quedó

17. GUICCIARDINI, *Relaz. di Spagna*; y el *Viaggio* de A. NAVAGERO, ambas ya citadas.

18. CAMPANELLA, *Monarchia di Spagna*, caps. XI y XX.

corta en este recíproco intercambio. Las asociaciones libres de ciudadanos, las academias napolitanas, etcétera, fueron disueltas por Pedro de Toledo y durante muchísimo tiempo fueron rigurosamente prohibidas, pero esto se hacía lo mismo en Italia que en España, unas veces para evitar que continuasen las viejas conjuraciones de nobles, o de barones, en contra del poder real, y otras, para que no cundiera el culto de las novedades religiosas —de ambas cosas fueron acusadas como culpables las academias napolitanas—, o lo que es lo mismo, para imponer obediencia al nuevo ideal monárquico y católico, aceptado en Italia. España, en lugar de enviar a Italia, como en los primeros tiempos, guerreros esforzados y amantes de la aventura, enviaba magistrados expertos en el arte de estrujar al pueblo y refrenarlo en sus aspiraciones, ya con rigor, ya con atenciones, unas veces con blandura, otras con regalías, etcétera;¹⁹ pero Italia, que ya no era campo de lucha entre sus repúblicas y señoríos, ni de conflictos entre los estados europeos, o sea, la Italia amodorrada en paz no merecía otra clase de gobernantes, ya que tampoco eran de muy distinta catadura sus príncipes genuinos y los patricios supervivientes de sus repúblicas. España, en lugar de enviar los galantes y hasta despreocupados caballeros del Renacimiento y sus gentil-hombres abiertos a la cultura, poblaba Italia, por entonces, de sus jesuitas y predicadores; en lugar de los *cancioneros* y libros de caballería, inundaba Italia de sus libros de *doctrina espiritual*; en cambio de las especulaciones atrevidas y a veces heréticas de sus místicos, ofrecía a Italia su nueva escolástica de los Suárez y de los Mariana y la casuística de los Medina y de los Escobar. Pero todo esto era pro-

19. Acerca del favor que, contrariamente a Carlos V, sus sucesores dieron al elemento sobre el del país, véase SUÁREZ DE FIGUEROA, *Posilipo* pp. 87-9 y BOTERO, *Relazioni*, p. 17; cfr. también, RANKE, *Spanische Monarchie*, pp. 125, 159.

movido por la misma Iglesia romana, a la cual todos los italianos consentían, hasta el punto que, aunque Nápoles luchó siempre por rechazar, en virtud de razones políticas, la Inquisición española, en Roma se asentaron y obtuvieron preponderancia otras formas de aquel tribunal, que propiciaban las delaciones y con frecuencia las autoacusaciones por escrúpulos de conciencia. Bajo la dominación española crecieron en las ciudades italianas las plebes ociosas, andrajosas, con los vicios propios de la miseria; así, la lengua española proporcionó entonces al dialecto napolitano las tres palabras características para designar semejantes situaciones: *lazzaro*, *guappo* y *camorrista*.²⁰ Ahora bien, España era, es verdad, el país de los andrajos, pero no es menos verdad que si Italia hubiese sido rica y esforzada, hubiese podido sacudir el dominio de los andrajos españoles, como lo hicieron los Países Bajos.²¹ Por otra parte, España tiñó de su modalidad peculiarísima al lujo, a las ambiciones, a las

20. Para la primera, véase la demostración en mi volumen *Aneddoti e profili settecenteschi* (Palermo, 1922), pp. 198-200: agregaré que en el *Lazarillo de Tormes* (1554), figura *lazería* y *lazerato* (ed. de «Clásicos castellanos», Madrid, 1914, pp. 95, 112, 135, 140, 147, 201), y en el *Vocabolario* de LAS CASAS (1570), f. 209: *lazería* (*miseria*, *scarsezza*) y *lacerado*. Para *guappo*, cfr. una crónica del «Seicento», cit. por CAPASSO (*La famiglia di Massaniello*, Napoli, 1893, p. 60 n.): *guappo alla spagnuola et smargiasso alla napoletana*; y A. DE CASTRO, *Discurso acerca las costumbres de los españoles*. (Madrid, 1891), pp. 76-8. *Camorrista*, del juego de la *camorra* (en árabe: juego de azar): cfr. CAPASSO, l. c.; y procedía de la costumbre de dirimir autoritariamente las dudas surgidas en el juego, prevaleciendo a la postre una sobre cien, como ocurrió con aquel hombre *sin oficio ni beneficio*, que Sancho Panza encontró en la ínsula Barataria, y a quien echó no sin antes amenazarlo con castigos de mayor importancia (*Don Quijote*, II, 49).

21. El mismo Doria, que todo lo atribuía al arte político de España, acaba por afirmar (*Descriz* op. cit., p. 66): «Es necesario ver si la sola malicia de quien ha gobernado este reino ha sido la causa de tantos vicios y si no ha cooperado también la pernicioso influencia del clima. Porque, en puridad de términos, la malignidad española no sería causa suficiente para explicar el extravío de los flamencos.»

viejas emulaciones, etcétera, porque con sus ceremoniosidades, sus grandezas, su fastuosidad, su manera de entender la dignidad y la gravedad, llevó la vida hacia una pura externalidad, destacando la forma de la sustancia;²² pero hacia todo lo que fuera vana exterioridad se inclinaba ya la sociedad italiana, carente de los ideales de patria, sin una firme voluntad de recuperación material y entregada de lleno al ocio. Lo mismo cabe decir de la literatura y de la poesía, reducida a la única inspiración de la sensualidad y al juego de las formas meramente extrínsecas; así fue posible que España sacase provecho de la literatura pastoril y de las recetas italianas —como se ve en una parte de la obra del gran Cervantes—, y así fue posible que Italia aprovecharse algunas invenciones españolas en torno a la manera de orientar el discurso y emplear el lenguaje figurado.²³

Era una decadencia abrazándose, en busca de apoyo, a otra decadencia, y si el imaginativo Campanella podía hacerse ilusiones y entrever, a principios del «Seicento», una España dominadora y unificadora del mundo, pocos decenios más tarde, en 1641, un observador dotado de mayor sentido práctico, Fulvio Testi, revelaba la situación con toda realidad, en una comunicación dirigida por escrito al duque de Módena donde vertía su opinión relativa a la rebelión de Portugal, que él juzgaba como «la mayor desgracia que podía ocurrirle a tan grande Monarquía». Porque —continuaba— rebelada Cataluña y ahora Portugal, es decir, las dos regiones más ricas y pobladas de España, «Castilla, que queda justamente en el medio, y las demás

22. En lo que respecta a la ruina que el lujo y la fastuosidad trajeron a la esfera de la nobleza napolitana, véase G. ROSSO, *Istoria*, op. cit., p.70; para el siglo siguiente cfr. CAPECELATRO, *Annali*, p. 75; véase aquí un ejemplo de aspiración a conseguir la grandeza de que disfrutaba España, p. 153. Sobre el desprecio que la nobleza napolitana tenía por las profesiones liberales, cfr. TANSILLO, *Capitoli*, p. 5.

23. Véanse *Saggi sulla letter. ital. del Seicento*, pp. 161 y sig., 189 y sigs.

provincias a excepción de Andalucía, están no sólo exhaustas sino tan infelices como desoladas». De mal en peor iban las cosas en Alemania, en Flandes, en las Indias Occidentales y en la misma Italia, donde «el estado de Milán estaba destruido, el Reino de Nápoles completamente desolado y Sicilia definitivamente perdida»; la miseria y el mismo decaimiento general acumulaban motivos para próximos alzamientos; los distintos Estados italianos desconfiaban, titubeaban o se declaraban francamente hostiles. De modo que las consecuencias que podían derivar de la sublevación portuguesa «eran tan grandes e importantes, que no sería temeridad decir que podrían dar al traste con la tan combatida y vacilante máquina de la Monarquía de España. Sabido es que el poderío del Rey Católico fue vasto, inmenso e infinito, pero todos los reinos y todas las dominaciones tienen sus períodos. Más poderosas fueron las monarquías de los Medas, Persas y Macedonios y sin embargo tuvieron que ver llegada la hora de su quebranto. Poderosa era la República de Roma y tuvo un fin; mayor aún fue el imperio de los Césares y sin embargo también cayó. No es necesario recurrir a generalidades, porque si se entra en los detalles particulares tal vez se llegue a la conclusión de que la misma grandeza austríaca no está muy lejana de su declinación».²⁴ Grito éste que, precisamente, a menor distancia de un siglo y medio, resulta contrario al que oímos en boca de Galateo: *¡Venere vostra tempora, Hispani!* En efecto, pocos años más tarde los tumultos estalla-

24. Al duque de Módena, desde Castelnuovo de Garfagnana, 3 de febrero de 1641: documento editado por DI CASTRO, *Fulvio Testi e le corti italiane nella prima metà del XVII secolo* (Milano, 1875), pp. 220-6. TASSONI en las *Filippiche* (ed. de Firenze, 1855, p. 72, cfr. 97) decía algo similar: «Aquella monarquía, que fuera cuerpo tan robusto, hoy está minada por la prolongada inacción de Italia y la fiebre ética de Flandes; es un elefante que tiene el alma de una gallina, una luz que sorprende pero no hiere, un gigante de brazos sujetos por un hilo.»

ban por todas partes y aún cuando pudieron ser reprimidos, no sin cierta dificultad, el poderío político de España declinaba ya en la segunda mitad del siglo, convirtiéndose en una mera sombra de lo que había sido. Los ejércitos españoles no recibieron en adelante los refuerzos, de oficiales y hombres, a que estaban acostumbrados y los únicos refuerzos que se le enviaban eran compañías formadas por bandidos y galeotos. La influencia social de España disminuyó también rápidamente y se extinguió casi por completo a partir de 1680; las modas en el vestir vinieron, desde entonces, de Francia; la manía de los duelos desapareció casi totalmente; las damas comenzaron a participar en las esferas sociales más influyentes, se mezclaban a los hombres en las conversaciones y figuraban en las Academias.²⁵ La literatura española no produjo, en aquellos tiempos, cosa alguna que despertase el interés y hasta la lengua española cayó en deduso al ser sustituida, en Italia, por la francesa. Fueron aquellos también los tiempos en que las cosas de España tomaron un aspecto vacío, hinchado, caricaturesco, casi ridículo, al extremo que se creó la palabra *españolada*, en sentido eminentemente despreciativo, para designar todo aquello que antes constituía motivo de admiración y que ahora se rechazaba: el falso oropel, los fastidiosos ceremoniales, los rebuscamientos literarios, etcétera. La nueva cultura y la literatura francesa levantaban su protesta contra el mal gusto hispano-italiano y los italianos defendiéndole lo mejor que podían, aceptaban la admonición y sacaban de ella el mayor provecho posible.²⁶

25. Léase al respecto la citada descripción de DORIA, y para la abolición de los duelos «por compañía», léase el *albarano* o resolución que en 1673 adoptaron 369 caballeros de la nobleza napolitana, cfr. CROCE, *Curiosità storiche 2* (Napoli, 1921), pp. 153-7.

26. Véanse las polémicas entre el padre Bouhours, autor de *Manière de bien penser*, y los literatos italianos (las *Considerazioni* de Orsi, etc.)

Yo espero que no ha de faltar quien se preste a dibujar y colorear, en sus detalles particulares y según la verdad, el cuadro de la influencia española en Italia desde la mitad del siglo XVI hasta las postrimerías del siglo XVII, persiguiendo las distintas huellas del españolismo sobreviviente a lo largo del siglo XVIII. Es una investigación que exige ser emprendida porque es indispensable para conocer la historia de la muerte de la vieja Italia y la génesis de la nueva. Es indispensable también para la comprensión de la historia de la misma España y de toda la Europa meridional y católica. El que se dedique a tal investigación no querrá, por cierto, debido a la comunidad y analogía del proceso histórico, perder totalmente de vista las diversidades que persisten en ambos países, porque en aquel empobrecimiento de la vida práctica, en aquel desprecio por la vida intelectual, España, que había sido tan fuerte desde el punto de vista de las armas, pudo durante mucho tiempo vanagloriarse de sus ejércitos, especialmente de su infantería, o sea, de sus virtudes y tradiciones militares, y, como pueblo de heroicas tradiciones, hacer valer, más allá de la segunda mitad del siglo XVII, junto a su literatura cortesana y entrelazada con ésta, la pura inspiración popular y nacional, que tuvo su forma definitiva y extrema en el gran florecimiento de la poesía dramática. Italia, en cambio, a pesar de sus frivolidades, conservó algo de elevado y viril en las obras del pensamiento, primeramente con los grandes filósofos súbditos de España: Bruno, Campanella y Vico, después, en la ciencia positiva y natural de la escuela de Galileo Galilei, en sus juristas y jurisdiccionalistas, sostenedores del Estado en contra de la Iglesia, en sus técnicos y literatos que se desparramaron por el extranjero. Mientras tanto, con el poema de Tasso, con la poesía pastoril, idílica y erótica, con la obra musical, con las escuelas de pintura, escultura y decoración del «Seicento», ofrecía al mundo la

última forma de la poesía y del arte del Renacimiento, lleno de singulares atractivos en sus tintes otoñales y surcado, aquí y allá, por destellos de futuridad. Y la fe en el pensamiento, tan tenaz en Italia, le hizo posible recibir en su seno, antes que su dominadora, la nueva corriente cultural que se abría paso, es decir, el racionalismo, que venía de Francia, así como también le permitió desarrollar, antes y más felizmente que España, todas las consecuencias que prometía el ya mencionado racionalismo, desde las prácticas y políticas, hasta las reformistas y revolucionarias. Así, mientras España yacía, durante el siglo XVIII, entre exhausta y desfallecida, Italia resurgía, en el gobierno de sus estados, en la economía, en la ciencia, en la literatura, y comenzaba a despertar, o mejor dicho, a autodeterminarse gracias al pensamiento, al sentimiento nacional unitario, que durante la dominación española no fue oprimido, porque efectivamente no existía.

ÍNDICE



PRÓLOGO de <i>Antonio Prieto</i>	7
NOTA PRELIMINAR de <i>Francisco González Ríos</i>	19
ADVERTENCIA	25
I. España e Italia en la Edad Media	29
II. Los catalanes y los italianos	49
III. La Corte española de Alfonso de Aragón en Nápoles	69
IV. Españoles y cosas españolas en la Corte de Fernando de Nápoles	95
V. Los españoles en Roma y en otras partes de Italia en las postrimerías del «Quattrocento»	121
VI. La oposición de la cultura italiana frente a la bárbara invasión española	149
VII. La sociedad galante ítalo-española en los primeros años del «Cinquecento»	179
VIII. Lengua y literatura española en Italia en la primera mitad del «Cinquecento»	211

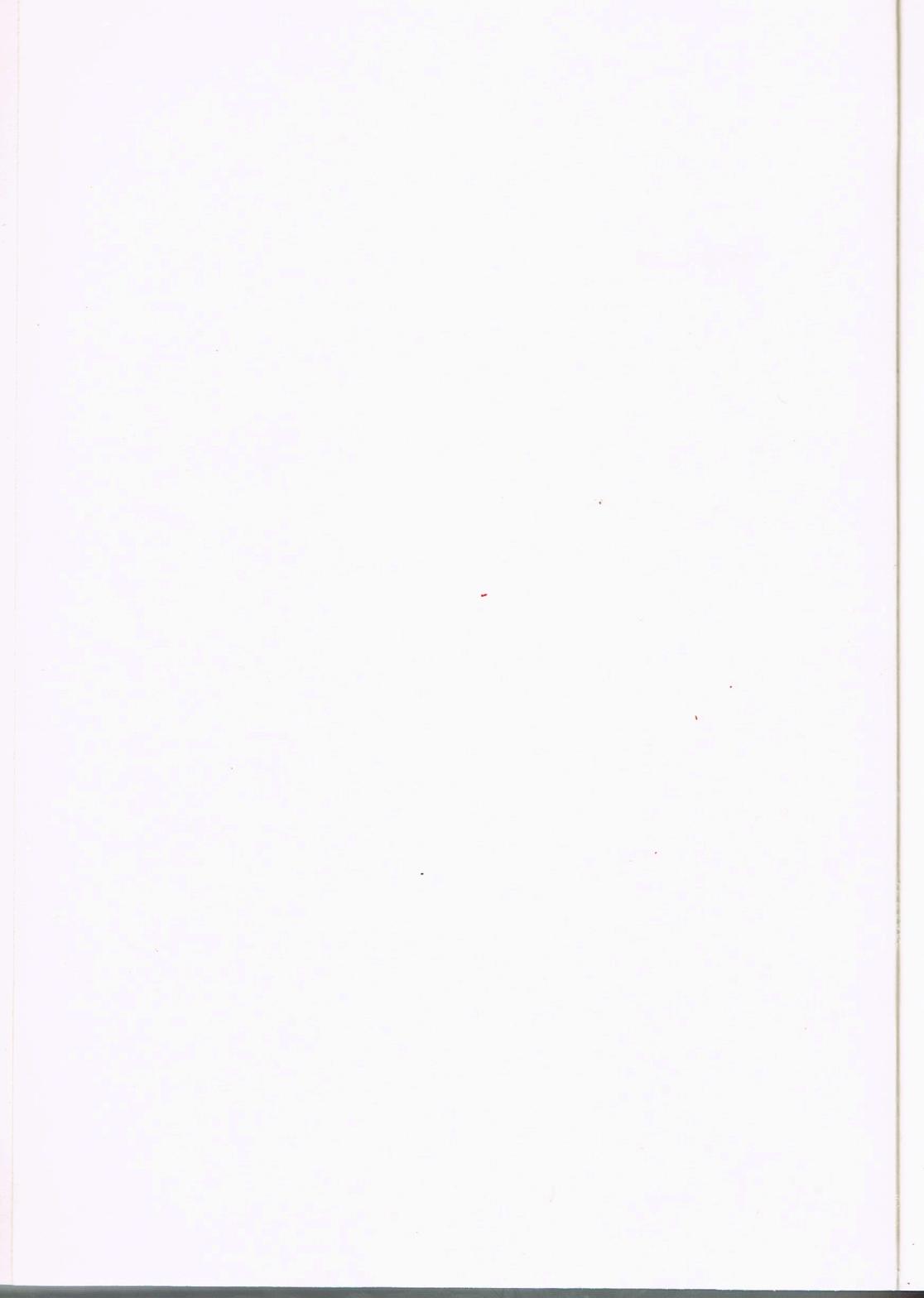
IX. Las ceremonias españolas en Italia	239
X. El espíritu militar y la religiosidad española	271
XI. Aspectos de la dominación y de la población españolas en Italia	293
XII. La decadencia hispano-italiana	327

APÉNDICE

Un paseo por la Nápoles española	345
--	-----

España en la vida italiana del Renacimiento,
número 7 de la colección «Biblioteca histórica»,
acabó de imprimirse el día 1 de marzo de 2007





BIBLIOTECA HISTÓRICA

1. ADOLF SCHULTEN. *Hispania. Geografía, Etnología e Historia*
Edición y traducción: P. BOSCH GIMPERA Y M. ARTIGAS FERRANDO
2. PEDRO LUIS ANGOSTO. *Alfonso XIII. Un rey contra el pueblo. Raíces de la Guerra Civil. Una mirada a través de El Socialista (1917-1923)*
Prólogo: EDUARDO HARO TECGLÉN
3. ALBERT GIRARD. *El comercio francés en Sevilla y Cádiz en tiempo de los Habsburgo*
Traducción: SYLVIA HAYEDO. Prólogo: A. GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ
4. ALBERT GIRARD. *La rivalidad comercial y marítima entre Sevilla y Cádiz hasta finales del siglo XVIII*
Traducción: SYLVIA HAYEDO. Prólogo: A. GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ
5. ADOLF SCHULTEN. *Tartessos. Contribución a la historia más antigua de Occidente*
Traducción: M. GARCÍA MORENTE. Prólogo: MICHAEL BLECH
6. MARÍA DE LA LUZ MEJÍAS CORREA. *Así fue pasando el tiempo. Memorias de una miliciana extremeña*
Prólogo: MANUEL PULIDO MENDOZA
7. BENEDETTO CROCE. *España en la vida italiana del Renacimiento*
Prólogo: ANTONIO PRIETO



RENACIMIENTO

ISBN 978-84-8472-268-7



9 788484 722687